

CUENTO

VIDA FAMILIAR

HORACIO VARGAS MURGA¹

Se encuentra el hijo en la sala, sentado sobre un sillón, incómodo y pensativo. “Estoy cansado de vivir aquí, soportando a este par de viejos que están pendientes de todas las cosas que hago o no hago. Era menos infeliz cuando vivíamos en el departamento alquilado. Pequeño, estrecho, pero sin abuelos que estuvieran jodiendo todo el día. Aquí todo huele a vejez, desde el sudor de los viejos, hasta la ropa guardada. Encima tengo que aguantar la tos ruidosa del abuelo, así como su aliento apestoso. Está tan arrugado que parece una pasa. La abuela es mucho peor, siempre criticando, quejándose de que soy un flojo. Su comida es repugnante, con poca sal, porque el abuelo es hipertenso. Mi piel la siento áspera y rugosa, me deben estar contagiando su vejez. Todo esto nos pasa por culpa de mi padre, quien se quedó sin trabajo, por ello tuvimos que regresar a la casa de los abuelos, después de cinco años de estar fuera”.

“La que sufre más que yo es mi hermana, quien insiste en ir a una fiesta este sábado y no logra el permiso. Tiene dieciséis años y quiere salir con sus amigas a divertirse un momento. Mis padres le han dicho que los abuelos se acuestan temprano y tienen sueño ligero, por ello nadie puede llegar tarde a casa. Ella entra en cólera y llora, es injusto. Da pena verla triste, echada sobre su cama, pensando quizás en lo que se está perdiendo, en que el tiempo pasará y no podrá vivir su juventud como las demás. Sus

párpados hinchados me producen escozor en todo el cuerpo. No tolero verla así”.

El padre ve al hijo sentado sobre el sillón y en silencio, se queda mirándolo con detenimiento. “Hijo mío, la vida no es fácil, tú tienes cosas que yo nunca tuve y no las valoras. Siendo adolescente me vi forzado a trabajar. Lo que ganaba tu abuelo limpiando pisos y baños en una empresa, no alcanzaba para mantener a tu abuela y sus seis hijos. Yo también hubiera querido ir a la universidad como tú. Empecé vendiendo frutas en la calle, pasaba horas de horas, con el sol ardiendo sobre mi cara y la sed encima de mis labios cuarteados y resecos, conviviendo con el ruido de los carros y el tumulto de la gente. Con el tiempo conseguí un puesto en el mercado, donde me fue un poco mejor. Después ingresé como conserje en la empresa donde trabajaba tu abuelo y con los años me fui superando hasta llegar a ser supervisor. Me costó bastante pero lo conseguí. Tuvimos años buenos aunque siempre con limitaciones, porque nunca gané mucho, pero pude pagarte la universidad. Lástima que después las cosas cambiaron y la empresa terminó quebrando. Yo no tuve la culpa de eso, aunque tus ojos me miren con cólera y reproche. Estoy buscando trabajo y sé que pronto lo encontraré. Mientras tanto, todos tenemos que colaborar y adaptarnos a la situación. A pesar de las dificultades, tú nunca has tenido que trabajar, nunca te ha faltado techo ni comida

¹ Médico psiquiatra. Profesor auxiliar. Facultad de Medicina, UPOCH.

ni una ropa que ponerte. Cuando he podido les he llevado al cine y al estadio. Hasta ahora has tenido los libros que necesitas. Da gracias a Dios que no has sufrido como yo y menos aún como tu abuelo. Su vida siempre fue una desgracia. Huérfano, sin poder estudiar, algún tiempo vivió en la calle, lustrando zapatos o vendiendo caramelos. Años después vio un aviso en una empresa donde se solicitaba un joven para servicios de limpieza. Se presentó y lo aceptaron, pero le pagaban muy poco. Allí conoció a una chica que le gustaba mucho con la que empezó a salir, casi todo lo que ganaba se lo gastaba en ella y con el resto pagaba su comida y la pensión donde vivía. Un día, ella le dijo que estaba embarazada y se quedó sorprendido. La llevó a vivir con él. Al dar a luz, ella dejó de trabajar y entonces él tuvo que buscar otros cachuelos. Con el tiempo llegaron más hijos y la vida cada vez se fue poniendo más dura, por ello los hijos mayores tuvimos que ponernos a trabajar para ayudar. Pasaron los años y las cosas mejoraron un poquito, además recibió un dinero por la venta de unas chacras de sus tíos, que unos buenos familiares supieron compartir con él. Con el dinero se compró una casita en la cual vivimos ahora. Él se queja que estas cosas no valoran sus nietos, que solo piensan en divertirse y pasarla bien. Como nada les cuesta, ven todo fácil y no valoran lo que tienen. Cree que son unos engreídos”.

“Tu abuela tampoco está contenta. Piensa que se ha hecho vieja con el tiempo, junto a un hombre que la llenó de hijos y le dio una vida miserable. Todo el tiempo se la ha pasado cocinando, limpiando y lavando, sin descansar.

Ahora, llena de arrugas y achaques, sigue trajinando con más trabajo aun, desde que regresamos a la casa. Piensa que sus nietos, es decir ustedes, son irrespetuosos, que siempre están inconformes, que ponen mala cara cada vez que les sirve la comida que prepara. Se queja que son unos desconsiderados y malagradecidos. Hay que entender a tu abuela, su vida no ha sido fácil”.

Como cada noche, se sientan a cenar en silencio, casi como si no se conocieran. El hijo los mira de reojo uno por uno, con rabia dirigida al padre y los abuelos, con compasión hacia su hermana y su mamá, la ve cansada de trabajar y maldice su suerte. La madre mira con mucho amor y piensa lo difícil que está siendo esta situación para todos. “Hijos míos, me apena mucho verlos tan descontentos, ¡que no daría por verlos felices! Es lo que nos toca vivir por ahora. Hay que tener esperanza, vendrán tiempos mejores, no hay que desesperarnos. Necesitamos mucha paciencia y tolerancia. Debemos ser optimistas. Esto es solo momentáneo, con el favor de Dios verán que pronto la suerte nos sonreirá nuevamente”.

El silencio se prolonga hasta el término de la cena. La madre recoge los platos y cubiertos siendo ayudada por la hija y los llevan al lavadero. Los abuelos van a su habitación para acostarse, poco después lo hacen los padres y luego la hija. El hijo se queda sólo en la sala, con la luz apagada, rumiando su tragedia. Espera la madrugada para ingresar a su habitación, llenar su maleta con ropa y luego salir de la casa, para no regresar nunca más.